

La familia chicana: Revisión de puntos de vista opuestos

ALFREDO MIRANDÉ

Aunque ha habido una proliferación de investigaciones y escritos sobre la familia norteamericana, los estudios se han enfocado más bien al tipo dominante de familia y poco se sabe de las formas familiares que difieren del ideal de la clase media blanca protestante típica (Mindel y Hanbestein, 1976: vii). En su búsqueda de generalizaciones sobre "la familia", los investigadores han pasado por alto o minimizado las variaciones étnicas y de la clase social interna. En los casos en que se han estudiado las variaciones étnicas, el sistema dominante de familia ha servido como patrón contra el cual se miden tales desviaciones. Los análisis de las familias étnicas han tendido a ser evaluaciones patológicas y peyorativas llevadas a cabo por investigadores insensibles a los matices de los sistemas socioculturales que están estudiando. En años recientes, los estudiosos de las minorías han empezado a cuestionar esas generalizaciones. Muchas de las creencias y estereotipos más difundidos en relación con la cultura negra y la familia negra, por ejemplo, se encuentran bajo el escrutinio de la crítica de académicos negros (Ladner: 1973). Aunque los sociólogos han mostrado un interés excesivo por la familia negra, históricamente éste ha sido en respuesta a un problema (Staples, 1976:221). Bajo el disfraz de la objetividad y la ética libre de valor, uno encuentra que los sociólogos frecuentemente preguntan: "¿qué pasa con la familia negra y por qué es diferente de la normal blanca de clase media?" Como integrantes de la minoría étnica más importante, los negros han hecho incursiones importantes y han podido no sólo descartar muchas creencias erróneas acerca de la familia negra, sino presentar un criterio más objetivo de la organización y funciones de la familia en la comunidad negra.

De manera similar, los científicos conductistas han mostrado gran interés en la familia México-norteamericana.¹ A pesar de la ausencia de da-

¹ Los términos México-norteamericana y chicana se usan indistintamente para denotar personas descendientes de mexicanos que residen permanentemente en los

tos confiables, abundan las generalizaciones relativas a la familia México-norteamericana. Sin embargo, éstas tienden a basarse en evidencias empíricas muy pobres o inexistentes. Un grupo de escritores chicanos han tratado de oponerse a la caracterización mítica y estereotipada que la sociología hace de la familia México-norteamericana (Montiel, 1970; Murillo, 1971), pero los chicanos carecen de poder e influencias y sus protestas sistemáticamente han sido acalladas o ignoradas, y aunque la perspectiva de los chicanos sobre *la familia* * ha sido útil como una enmienda sumamente necesaria al criterio negativo e inconsistente de la sociología, esto no se ha llevado a cabo sin sus propios tropiezos. En su deseo de oponerse al criterio peyorativo de la sociología, algunos investigadores han mostrado tendencias a compensar en exceso y presentar una imagen idealizada y romántica de la familia.

Es así que han surgido dos criterios totalmente opuestos y contradictorios sobre la familia. Sus detractores la ven como una intrincada red patológica que impide el progreso y la aculturación de los chicanos, mientras sus defensores la consideran como una institución cálida y envolvente que provee de abrigo en un ambiente que de otra manera sería hostil y nada gratificante. En el presente estudio deseamos presentar una revisión y evaluación de estas perspectivas opuestas a fin de ofrecer un nuevo marco, más equilibrado y objetivo, para estudiar la familia chicana. De manera más específica trataremos de: 1] analizar y evaluar tanto las descripciones tradicionalmente peyorativas de la familia que hacen los sociólogos como los criterios más favorables hacia ésta y 2] establecer de nueva cuenta la estructura, funciones y valores de la familia chicana a la luz de estas previas perspectivas. Se espera que este nuevo punto de vista, adoptado después de revisar las perspectivas mencionadas y por tanto más completo reemplazará tanto el criterio tradicional y peyorativo de los sociólogos como la perspectiva interna más reciente, romántica y que idealiza a la familia, aumentando así nuestra comprensión de la familia México-norteamericana.

El mito de la sociología sobre la familia México-norteamericana

Una revisión de los escritos sociológicos sobre el tema revela una opinión sistemáticamente patológica y peyorativa. Estas descripciones ne-

Estados Unidos. Los términos, sin embargo, tienen significados connotativos muy diferentes. Con "México-norteamericana" se quiere dar a entender una mayor integración a la sociedad norteamericana y, de manera no sorprendente, es el término preferido por los sociólogos. "Chicano" se refiere a una mayor politización e identificación étnica y es más comúnmente usado por los propios chicanos.

* Las palabras precedidas por asterisco están en español en el original.

gativas han resultado de la tendencia de los sociólogos a ver la familia México-norteamericana como una separación o desviación del modelo dominante de familia anglo-norteamericana, igualitaria; por comparación, las familias mexicanas y México-norteamericanas parecen rígidas y autoritarias.

Una característica importante de estos estudios es que en ellos se acepta sin espíritu crítico el concepto de *machismo** como una explicación para todo aquello que no funciona dentro de la familia mexicana y la México-norteamericana (Montiel, 1970). Llenos de conceptos psicoanalíticos y paradigmas, tratan de establecer un modelo típico de personalidad mexicana caracterizado por un total complejo de inferioridad y un rechazo a la autoridad.

Un postulado adicional es que la familia mexicana y la México-norteamericana son isomórficas y de que uno puede extrapolar conclusiones de un escenario a otro. A pesar de los riesgos obvios que se derivan de aplicar estudios de índole psicoanalítica hechos sobre el carácter nacional de los mexicanos residentes en Estados Unidos, estas tentativas han sido aceptadas como la "verdadera descripción del carácter del mexicano, del hombre mexicano y finalmente, de la familia mexicana y la México-norteamericana" (Montiel, 1970:58). Entre los estudios más importantes sobre el carácter nacional del mexicano y la familia mexicana están el de María Bermúdez *La vida familiar del mexicano*, el de Díaz Guerrero sobre *Psicología del mexicano*, y el de G. M. Gilbert (1959), *Estudio de la salud mental en un poblado mexicano*. Bermúdez (1955:101), afirma que los mexicanos están encerrados en concepciones rígidas de masculinidad y femineidad que hacen difícil para un hombre ser "sincero y humano", y para las mujeres "dignas e independientes". De manera similar, Díaz Guerrero (1975:10) concluye de once preguntas estructuradas que el hombre y la mujer son incapaces de desempeñar plenamente el papel rígido que se les asigna y como consecuencia caen en la neurosis. A pesar del uso cuidadoso de la jerga psicoanalítica y las recusaciones pseudocientíficas, estos estudios inevitablemente llegan a la conclusión de que el *machismo** produce respuestas patológicas de mala adaptación. Adoptan un modelo psicoanalítico simple en el cual el *machismo** se convierte en una enfermedad y las características culturales del mexicano son sintomáticas de malestar o enfermedad. Esta opinión sobre la patología se usa después para perpetuar los postulados profundamente enraizados, aunque sin ningún apoyo, acerca de la cultura mexicana. Por ejemplo, G. M. Gilbert (1959:212), afirma con base en entrevistas con nueve hombres mayores que existía:

una tendencia pronunciada a dos tipos de respuestas entre los hombres mayores: una de un afecto severamente constreñido y otra mórbido-depresiva e hipocondríaca... que pueden indicar la creciente impotencia y la "ansiedad de castración" a medida que el hombre

falla en su larga lucha para vivir conforme a las demandas del *machismo*. *

El modelo de la familia patológica ha sido aplicado a su vez por los sociólogos norteamericanos a los chicanos. Investigador tras investigador, sin el beneficio de la evidencia empírica, describen una familia México-norteamericana autoritaria, dominada por el *macho* * (cf. Humphrey, 1944; Jones, 1948; y Peñalosa, 1968). El matrimonio, de acuerdo con estos criterios, no estorba la libertad del hombre, pues se le permite seguir el mismo patrón de vida social que llevaba cuando era soltero. Viene y va tal como le place, se queda fuera toda la noche (irse de *farranda* *), tragos, peleas, y aun puede establecer un segundo hogar (la *casa chica* *). La vida está caracterizada para el hombre como una preocupación incesante por el sexo. Aunque todas las mujeres son objetos sexuales que deben perseguirse y conquistarse, se hace una diferenciación importante entre las buenas y las malas mujeres. Con las malas, todo se permite, mientras las buenas deben ser respetadas y reverenciadas. Las esposas, madres e hijas, son criaturas santas, virginales, que no gozan el sexo y deben ser escudadas y protegidas de los hombres depredadores. Las buenas mujeres no sólo son virtuosas sino que representan figuras resistentes y con un gran espíritu de sacrificio. Mientras el hombre conserva mucha de su autonomía después del matrimonio, las mujeres están completamente circunscritas por sus papeles familiares y maritales (Peñalosa, 1968: 683). Las mujeres que no aceptan su posición subordinada o que cuestionan la autoridad del hombre típicamente están sujetas al castigo físico o al uso de violencia (Hayden, 1966:20). Las esposas, además, “debieran aceptar este castigo como merecido”, y aun pueden sentirse “agradecidas del castigo a manos de sus esposos, pues al mostrar interés por sus fallas, denotan un amor profundo” (Madsen, 1973:22).

El hombre *macho* * exige una deferencia, un respeto y una obediencia totales no sólo de la esposa sino también de los hijos. De hecho, los sociólogos afirman que esta estructura familiar rígida, dominada por el hombre, tiene consecuencias negativas para el desarrollo de la personalidad de los niños México-norteamericanos. No engendra el espíritu de conquista, de independencia, confianza en sí mismo o respeto de sí mismo —valores todos que se tienen en alta estima dentro de la sociedad norteamericana. Celia Heller (1966:34-35), observa:

La clase de socialización que los niños México-norteamericanos generalmente reciben en la casa no lleva al desarrollo de las capacidades que se necesitan para el progreso... dándole énfasis a valores que impiden la movilidad: los lazos familiares, el honor, la masculinidad y el vivir en el presente; y pasando por alto los valores que llevan a ella: espíritu de conquista, independencia y gratificación diferida.

Por lo tanto, la constelación de la familia autoritaria México-norteamericana produce dependencia y subordinación y refuerza una orientación hacia el presente que impide el desarrollo. Los chicanos viven en la "tierra perpetua del mañana". La conclusión resultante es que la cultura anglosajona da más importancia al logro y al control del ambiente, mientras la chicana recomienda el fatalismo y la resignación (Samora y Lamanna, 1967:135). La condena categórica de la familia y la cultura (1971:236-237), es también ilustrativa de este criterio sobre los México-norteamericanos:

La constelación de la familia es de inestabilidad ya que al padre se le considera como ausente y a la madre como una figura santa y con espíritu de sacrificio. El México-norteamericano se preocupa poco por el futuro; se contempla a sí mismo como predestinado a ser pobre y subordinado; aun se siente influido por la magia; tiene una mentalidad de pandilla; desconfía de las mujeres; ve la autoridad como arbitrariedad; tiende a ser pasivo y dependiente y se conserva ajeno a la cultura anglosajona.

Para muchos sociólogos, la familia México-norteamericana es considerada como una intrincada red patológica, en comparación con la familia anglo-norteamericana. Difunde la subordinación de las mujeres, impide el logro individual, engendra la pasividad y la dependencia, sofoca el desarrollo de la personalidad normal, y en ocasiones puede dar origen a sentimientos incestuosos entre hermanos. El siguiente comentario ilustra este punto de vista:

Puede muy bien ser que este tipo de estructura familiar aumente la atracción incestuosa entre hermanos y hermanas. En las familias de clase media, esta atracción puede llegar a acentuarse si la familia permanece aislada del mundo externo, y en las familias pobres, por la aglomeración en sus alojamientos. Este tema de sentimientos incestuosos entre hermanos y hermanas es muy común en las novelas, películas y obras de teatro mexicanas.

El criterio estereotipado de la familia está tan profundamente arraigado que los sociólogos se niegan a abandonarlo aun existiendo pruebas en contrario. Cuando al realizar una investigación se descubre que la familia chicana es menos rígida de lo que se suponía, existe una tendencia ya sea a quitarle importancia o a sugerir que refleje una mayor aculturación y asimilación al patrón dominante. Hawkes y Taylor (1975:807), por ejemplo, se sintieron afectados al descubrir que el patrón prevaleciente para la toma de decisiones y de acción entre esposos y esposas de familias inmigrantes agrícolas chicanas en Chicago era más bien igualitaria y no de dominio por el hombre tal como se había supuesto. Enfrentados a estos resultados inesperados, buscaron factores que los pudieran explicar, tales como una aculturación cada vez mayor y "la de-

pendencia decreciente de mujeres respecto de los hombres en este país". (Hawkes y Taylor, 1957:810; las comillas son nuestras). Sólo después de tentativas infructuosas para explicar estos resultados, los autores sugieren de manera reticente que:

muchos de los estereotipos tradicionales de grupos tales como las minorías étnicas observados en la literatura y en concepciones comunes necesitan una comprobación más adecuada. Es posible que métodos de investigación más sofisticados puedan refutar muchas de nuestras suposiciones previas.

Puntos de vista favorables sobre la familia

Algunos sociólogos chicanos han procurado revisar las descripciones de los sociólogos sobre la familia México-norteamericana y en el proceso han intentado disipar los numerosos mitos y estereotipos que la han rodeado, Miguel Montiel (1970), al que antes hemos aludido, ha escrito una crítica incisiva sobre los estudios relativos a este tema y afirma que tales estudios, al confiar de manera absoluta en un modelo psicoanalítico patológico que considera al *machismo* * como la raíz de todos los problemas a que se enfrentan los México-norteamericanos, han perpetuado los estereotipos erróneos. Según Montiel (1970:62), "esta formulación es en sí misma incapaz de definir una conducta normal y automáticamente cataloga a todos los mexicanos y México-norteamericanos como enfermos, variando solamente en el grado de enfermedad". A pesar de la validez de sus comentarios, Montiel no presenta un criterio revisado de la familia ni un marco alternativo al que puedan apegarse estudios futuros. En otras palabras, aunque Montiel refuta con claridad los estereotipos que prevalecen sobre la familia, no alcanza a ofrecer nuevas aportaciones acerca de la dinámica de la vida de la familia chicana.

De manera similar, Octavio Romano (1973), ha criticado las explicaciones de los sociólogos sobre la cultura de los México-norteamericanos y la vida de familia. Después de analizar los trabajos de Tuck, Heller y Samora y Lamanna, concluye que éstos constituyen un ejercicio de sociología-ficción al presentar una imagen distorsionada de los México-norteamericanos como pasivos, vegetales masoquistas, controlados por una cultura tradicional. Con respecto a la familia, Romano (1973:52) observa que los sociólogos nos quisieran hacer creer que los padres México-norteamericanos "son los peores enemigos de los hijos", y que potencialmente amenazan el estilo de vida norteamericano. Romano alude a Madsen como un ejemplo de este criterio. Según Madsen (Romano, 1973:50), los anglosajones creen que la igualdad en la casa y el desarrollo personal son necesarios para mantener los ideales norteamericanos de libertad, democracia y progreso. Los México-norteamericanos

creen que el poner a la familia incluso sobre uno mismo es cumplir "los deseos de Dios". La importancia que se le da a la familia no sólo impide el progreso y la aculturación sino que amenaza los fundamentos mismos de nuestra forma de gobierno democrático. El trabajo de Romano es una enmienda importante a las descripciones míticas de los sociólogos pero, al igual que el de Montiel, no ofrece un criterio sustitutivo sobre la familia.

Algunos escritores chicanos han expresado un concepto alternativo acerca de la *familia*,* afirmando que no es la constelación fría e inestable descrita por los sociólogos, sino una institución cálida y envolvente. Los padres no son los peores enemigos de los hijos: "sólo una persona que no ha experimentado el calor de la familia México-norteamericana podría verla fundamentalmente desde una perspectiva negativa" (Alvarez y Bean, 1976:277). La familia, según esta nueva perspectiva, es la unidad más importante en la vida, y el individuo fácilmente coloca las necesidades de la familia sobre las suyas propias (Murillo, 1971:102). Es por esto que, si se presenta un conflicto entre la familia y la escuela o el trabajo, el individuo usualmente será más sensitivo a las demandas familiares. El concepto de machismo es importante, pero se define más en términos de orgullo familiar y respeto que en términos de dominación masculina. Como la autoridad decisiva en la familia, el padre es responsable ante el mundo externo por la conducta de los miembros de la familia. "Una parte importante de su concepto de machismo u hombría, sin embargo, consiste en usar su autoridad de una manera justa y equitativa. En caso de que hiciera mal uso de su autoridad, perdería el respeto" (Murillo, 1971:103), no sólo dentro de la familia sino en toda la comunidad. El *machismo** no es una fuerza patológica o una herramienta para proteger las prerrogativas masculinas sino un mecanismo para mantener el orgullo y el honor de la familia.

Lo que antes se describía como una familia rígida y autoritaria se redefine ahora como una estructura firme en la cual el lugar de los individuos está establecido de manera más clara y segura. La familia "parece proporcionar una mayor seguridad emocional y el sentido de pertenecer a sus miembros" (Murillo, 1971:99). Los papeles y expectativas están determinados de manera importante por la edad del miembro y el sexo al que pertenece. El padre es visto con gran deferencia y respeto como la cabeza del hogar, pero también se les concede respeto a otros adultos como los abuelos (*abuelitos* y *abuelitas**). En este caso, la familia es considerada como una unidad cálida y envolvente que proporciona apoyo a través de toda la vida del individuo. En tiempos difíciles o cuando surgen problemas, típicamente se recurre a la familia en lugar de a otros organismos extraños. El hecho de compartir y de cooperar es estimulado y

justipreciado no sólo entre los niños sino también entre los miembros adultos de la familia. Los organismos controlados por los anglosajones encuentran difícil comprender por qué los chicanos desconfían de la ayuda extraña (Ramos, 1973), o por qué recursos sumamente necesarios se distribuyen entre los miembros de la familia más necesitados. Los patrones de ayuda están claramente establecidos y no es raro que los miembros de una familia junten recursos para comprar artículos grandes o caros como una casa un coche (Alvarez y Bean, 1973:277).

Nuevo criterio sobre la familia chicana

Por lo tanto, tenemos dos criterios sobre la familia chicana que difieren uno del otro: el criterio tradicional de los sociólogos acerca de la familia chicana como rígida, fría, inestable, y un punto de vista más favorable sobre ella, al considerarla cálida, proveedora y cohesiva. Aunque estos dos criterios podrían parecer a primera vista opuestos e irreconciliables no son totalmente diferentes. Coinciden en relación con algunas de las características de la familia chicana. Ambas perspectivas sostienen que la familia chicana se caracteriza por: 1] el imperio masculino; 2] una evaluación rígida sobre el sexo y la edad, de manera que el mayor domina al más joven, y los hombres a las mujeres; 3] patrones claramente establecidos de socorro y mutua ayuda entre los miembros de la familia; y 4] una fuerte orientación hacia la familia, la cual hace que las necesidades individuales se subordinen a las necesidades colectivas.

Las diferencias básicas entre los dos criterios, por lo tanto, no se encuentran en su caracterización sustantiva de la familia, ya que ambas se encuentran traslapadas, sino en su interpretación y evaluación de estas características. La orientación de los chicanos hacia la familia se reconoce de manera general. Algunos críticos la consideran como no democrática, no-estadounidense, y obstaculizante para el logro y progreso individuales; sus defensores la ven como una fuente de apoyo emocional y material en un mundo hostil y nada gratificante. Estas descripciones totalmente opuestas de la familia son importantes no tanto por lo que revelan sobre la familia, sino por lo que quieren decir acerca de aquellos que la estudian. Aunque el punto de vista favorable a la familia chicana surgió como una respuesta a las características estereotipadas, también ha demostrado una fuerte tendencia a hacer generalizaciones totales acerca de la familia que pasan por alto o minimizan su diversidad interna. Buscando refutar las descripciones peyorativas, los defensores de la familia las han sustituido con una serie de estereotipos positivos e idealizados que, irónicamente, incorporan muchas de las mismas creencias que ellos trataron de suplantar. Es así que los estereotipos negativos se han descartado en favor de caracterizaciones positivas y románticas que han

dado por resultado caricaturas opuestas de la familia chicana. La tarea que nos hemos señalado es presentar un criterio más objetivo y equilibrado sin exagerar o distorsionar esa realidad. Por lo tanto, es importante observar que el sistema familiar, tal como se lo describe, es un tipo ideal que no corresponde a ninguna familia verdadera.

Así como no hay ningún tipo uniforme de familia anglo-norteamericana, no existe una chicana, sino un grupo de tipos de familia que varían de acuerdo con la región, lo reciente de su emigración a los Estados Unidos, la educación, la clase social, la edad, y si son urbanas o rurales. Dada esta diversidad interna, es necesario extrapolar características claves que se encuentran entre las familias chicanas a través de diversos escenarios y situaciones. Las características atribuidas a la familia chicana no son verdaderas para todas las familias, pero tienen más probabilidades de caracterizar la familia chicana que la anglo-norteamericana.

Probablemente la característica más significativa de la familia chicana es la importancia tan grande que da a los vínculos familiares. Aunque esa relación familiar puede haber sido afectada hasta cierto grado por la urbanización y la aculturación, es todavía una institución central para el individuo. La familia es una fuente básica de apoyo emocional para el niño, ya que desarrolla lazos estrechos no sólo con los miembros de la familia inmediata, sino con abuelos, tíos y tías, primos y amigos de la familia. Un estudio de niños cuya edad fluctúa entre siete a trece años realizado en un barrio de Houston llegó a la conclusión de que "según el criterio del niño, el punto central es su hogar y las personas que viven con él" (Goodman y Beman, 1971:111). De manera significativa, al responder a la pregunta: "¿A quién amas?", ninguno de los niños del *barrio* * incluyó a nadie que no fueran sus parientes, mientras los niños anglo-americanos y negros incluyeron a no familiares y amigos que también jugaban un papel preeminente en la lista de personas amadas (Goodman y Beman, 1971:112). Los abuelos son también importantes en la vida de los niños, pero se los considera como cálidos y afectuosos más que como figuras de autoridad. "Los abuelos parecen tener mucha influencia, aunque no se los considera poderosos" (Goodman y Beman, 1971:111). Similares a los padres en el kibbutz, se les exime de las responsabilidades de la paternidad y sus relaciones con los nietos pueden ser cálidas y envolventes (Talmon, 1961). Sin embargo, además de ser amados, los abuelos son respetados porque se los considera mayores y más sabios.

La orientación familiar de los chicanos es tan fuerte que frecuentemente se incluye a los parientes como amigos. No existe una clara distinción entre parientes y amigos, pues a menudo son una y otra cosa al mismo tiempo. No sólo se incluye a los parientes como amigos, sino que éstos simbólicamente se incorporan a la familia. La institución del *compadrazgo* * es tan antigua que aparece en la primera etapa posterior al período de la Conquista en México. Esta costumbre española apa-

rentemente fue adoptada por los indígenas durante el período colonial (1550-1650), debido a que las grandes epidemias condujeron a una despoblación masiva de los nativos que dejaba a muchos niños sin sus padres (Gibson, 1966:142). Los padrinos originalmente funcionaron como sustitutos de los padres. A través de los siglos, el significado original del *compadrazgo* * ha sido modificado de manera que los *compadres* * tienen más una función social que como sustitutos de los padres. Sin embargo, la costumbre permanece intacta. Un estudio reciente descubrió que casi todos los adultos entrevistados registraron por lo menos una relación de este tipo y, en muchos casos, dos, tres o más (Goodman y Beman, 1971: 111). Tanto los criterios peyorativos como los positivos sobre la familia chicana consideran al hombre como la autoridad máxima e indiscutible de la familia. Estas caracterizaciones se han concentrado en los aspectos formales de la cultura chicana, pasando por alto que hay matices más sutiles e informales. Al padre se le concede formalmente mucha deferencia y respeto, pero no es el señor todopoderoso y dueño de la casa, tal como se ha sugerido. Existe, de hecho, una contradicción implícita en el criterio estereotipado de que el *macho* * va y viene conforme le place y el punto de vista que lo considera como la autoridad todopoderosa y el árbitro en la familia. El hombre puede oficialmente ser la autoridad máxima, pero frecuentemente permanece sólo o sin involucrarse en los asuntos de la familia. El padre tiende a ser cálido y afectuoso cuando los niños son pequeños, pero conforme éstos entran en la pubertad, las relaciones entre él y sus hijos se hacen más tenues (Rubel, 1966:66). De las mujeres, por otra parte, se espera una devoción casi total a la familia (Murillo, 1971:104). Una mujer debe ser cálida, envolvente, y atender a las necesidades de su esposo e hijos. Las madres proveedoras —a pesar del bajo status que se afirma que tienen—, son respetadas, reverenciadas y reconocidas como figuras importantes. De hecho, su importancia parece ser todavía más grande para los niños aún que la del padre. Un estudio de niños chicanos descubrió que el padre es considerado como una figura de autoridad en cierta manera distante, y frecuentemente se le toma poco en cuenta. “Pocos dicen recurrir a él con preguntas, ya sea pidiendo información o permiso para hacer algo”. (Goodman y Beman, 1971:112). De manera significativa, pocos niños quieren ser “como su padre cuando crezcan”, o tener un trabajo como el suyo. Esta distancia quizás es el resultado de sus frecuentes ausencias del hogar; pueden abandonarlo antes de que los niños despierten y no regresar hasta ya muy entrada la noche (Goodman y Beman, 1971:112). Por el contrario, las madres juegan un papel crítico en la existencia de los niños. Ellas realizan muchas tareas domésticas como preparar el desayuno, arreglar el almuerzo, preparar la comida, lavar los trastos, etcétera. Es también responsabilidad de la madre establecer parámetros para la conducta de los niños, Ellas determinan cuándo debe uno levantarse o ir a la cama y a qué hora debe regresar de jugar (Goodman y Beman, 1971:112).

"Ella regaña, algunas veces da un sopapo o nalgada por desobediencia de pequeñas reglas, y suspende las riñas entre los hermanos". (Goodman y Beman, 1971:112). De esta manera, aunque la mujer no tiene el status formal del prestigio del hombre, goza de una gran influencia informal en el hogar.

La fuerte orientación "familiarista" de la familia chicana ha llevado a algunos observadores a concluir que es un sistema familiar extendido similar al sistema tradicional chicano de la familia. Aunque los chicanos son "familiaristas", la familia chicana no tiene un sistema de funcionamiento extendido idéntico al de los chinos. El padre es formalmente la cabeza del hogar pero, como se ha observado, mucha de su autoridad es más aparente que real. Tampoco se encuentra en la cultura chicana el concepto de que el hombre sobreviviente de más edad debiera reconocerse como la cabeza patriarcal del hogar. Los abuelos son más importantes como fuentes de afecto y apoyo que como figuras de autoridad. Aunque están claramente establecidos los patrones de mutua ayuda y apoyo, el núcleo de la familia debería como un ideal funcionar relativamente de manera autónoma e independiente. Uno puede escoger vivir cerca de los padres y otros parientes, o quizás aun con ellos, necesidades económicas aparte, pero la norma es que el núcleo de la familia permanece autónomo y en una casa por separado.

Aunque se ha descrito a la madre como una figura insignificante y con un bajo status, es extremadamente importante en las relaciones interfamiliares. Su relación con los niños se caracteriza por la calidez y el afecto. Mientras la relación padre-hijo es de alguna manera distante, la relación de la madre con su hija es más íntima. La participación temprana en el reino doméstico produce identificación con la madre y su papel maternal. Las niñas pequeñas aprenden pronto a asumir responsabilidades y tareas (especialmente aquellas que son por esencia de carácter maternal) tales como cuidar de los hermanos más pequeños (Peñalosa, 1968:687).

Además, el confinamiento de las mujeres dentro de la casa da lugar a un grupo estrechamente unido de la madre con sus hijas, una relación que perdura a través de toda la vida del individuo (Rubel, 1966:100). El mismo ambiente cerrado da lugar a relaciones duraderas entre hermanas.

Aunque la relación madre-hijo no parece ser tan fuerte como la relación madre-hija, sin embargo es un lazo estrecho. Durante la niñez, la madre parece ser más consentidora e indulgente con su hijo que con su hija. Especialmente durante la adolescencia, las madres son muy indulgentes con sus hijos. Estas prácticas de socialización indican una concepción dualista de la conducta apropiada para los hombres y las

mujeres. El niño es un pajarillo *macho* * al que se le debe permitir arriesgarse fuera de la casa para que pueda "probar sus alas" y establecer una identidad masculina. Los amigos contribuyen de manera significativa al proceso de socialización en la madurez. Empieza a salir con otros niños, o *la palomilla* * y sus relaciones con ellos pueden empezar a rivalizar con los lazos familiares en importancia. Estas asociaciones son importantes para los hombres y se conservan aun después del matrimonio.

Las niñas adolescentes están mucho más limitadas y protegidas que los niños adolescentes. Durante toda su vida, a la mujer se la prepara para su papel como una madre virtuosa de *la raza*. *

La niña ha sido criada de tal manera que representa en sí misma el parangón de las virtudes, una mujer adecuada para ser la madre de los niños de un hombre respetable de *la raza*. * Desde pequeña estuvo consciente de que en la medida en que representaba a su grupo familiar, se encarnaba ella misma como individuo. En todos los casos sus deseos de goce aparecían secundarios al requerimiento de la propiedad. En otras palabras, su camino estaba cuidadosamente planeado desde la niñez hasta la edad adulta dentro de las severas restricciones de la disciplina familiar (Rubel, 1966:77).

La castidad premarital es la culminación de la virtud femenina. Prevalece todavía la norma de la virginidad premarital, aunque en la práctica esto sea más difícil que en el pasado. Por lo tanto, la conducta y las características de la chicana contemporánea, al igual que la de sus predecesoras, está severamente circunscrita por las rígidas expectativas del papel que limita sus actividades en la esfera doméstica. La antigua exhortación que una madre azteca dio a su hija cuando estuvo en edad de casarse, hablándole de su papel sumiso de esposa, podría todavía ser invocado en la actualidad:

Cuando Dios decida que tomes un esposo... no lo condenes, no lo desafíes; Dios, que está en todas partes, te verá... se enojará contigo; tomará la venganza que él desee; o, siguiendo sus órdenes, te mancharás, o quedarás ciega, o tu cuerpo se destruirá; o la pobreza se abatirá sobre ti, porque te atreviste a herirte a ti misma al desafiar a tu esposo; por lo cual la fortuna te matará o te tendrá bajo sus pies y te arrojará al infierno. (Traducción de Sahagún, 1946, Tomo I:541-542).

A pesar de la persistencia de los patrones sociales que circunscriben la conducta de las mujeres, hay pruebas de que éstos están sufriendo cambios y modificaciones. Muchas mujeres, especialmente la generación

de las más jóvenes, los están desafiando. En las áreas urbanas, las *chicamitas** se están aventurando más allá de los confines protectores del hogar y se están adhiriendo a clubes sociales o pandillas. Por lo tanto, la *palomilla** ha dejado de ser el dominio exclusivo del hombre. "Cada vez son menos y menos las mujeres que desean aceptar el papel tradicional que se les ha asignado conforme a los valores tradicionales. Las chicanas están luchando por una mayor igualdad no sólo en la sociedad norteamericana sino también en comparación con el hombre México-norteamericano". (Murillo, 1971:106). Las relaciones tradicionales entre el hombre y la mujer están cambiando, especialmente entre los chicanos urbanos más jóvenes y de mejor educación. Muchas chicanas están exigiendo cambios que incorporan valores culturales positivos y les permiten "más flexibilidad para desempeñar una mayor variedad de actividades que tradicionalmente les habían sido negadas" (Murillo, 1971:106).

La familia chicana, por lo tanto, se ha visto sometida a muchas de las mismas fuerzas de cambio que la familia anglo-norteamericana. Ha tenido que adaptarse a los cambios resultantes de una urbanización, una industrialización y una aculturación cada vez mayores. Las familias chicanas de la clase media urbana parecen ser más igualitarias y han eliminado algunas de las características preponderantemente tradicionales de la familia. De manera similar, a medida que ha declinado la influencia de la Iglesia, así ha disminuido la importancia de la institución del *compadrazgo*.* Sin embargo, estos cambios no son simplemente el resultado de la asimilación y norteamericanización, pues muchos chicanos están procurando por sí mismos, de manera consciente, modificar los papeles sexuales y familiares sin rechazar su herencia cultural y sin asimilarse totalmente a la corriente de la sociedad anglo-norteamericana.

La familia chicana en un contexto colonial

Los sociólogos se han avocado al estudio de las familias étnicas con un modelo de crisol, de grupos de inmigrantes, de la sociedad norteamericana. Según este modelo, la sociedad norteamericana está compuesta de diversos grupos étnicos que libremente emigran a los Estados Unidos de Norteamérica. La llegada de nuevos inmigrantes puede acarrear consigo diferentes valores culturales, pero éstos inevitablemente se mezclan en el crisol. Los inmigrantes recientes también tienden a sufrir desventajas económicas, pero su posición mejora con el tiempo. Por lo tanto, las minorías étnicas finalmente se incorporan a la sociedad y a la cultura dominante.

Aferrados como están a este paradigma de la asimilación, no es de sorprender que los sociólogos vean a los chicanos como una curiosa anomalía. Los chicanos no se funden en el crisol, asíéndose en cambio a su

cultura tradicional y valores familiares. Es por esto que se ha considerado rígida y autoritaria a la estructura de la familia chicana en comparación con el ideal igualitario anglosajón y los padres fueron contemplados como los peores enemigos de los niños porque estorbaban su realización y progreso; en otras palabras, porque constituían obstáculos para la asimilación y la aculturación.

Estos sociólogos no han querido reconocer que en el caso del sudoeste los chicanos deben ser considerados como nativos. No son inmigrantes recientes; su llegada a esta región es anterior no sólo a la fundación de los Estados Unidos como una nación, sino al desembarco de los Pilgrims en Plymouth Rock. Más aún, a diferencia de otros grupos de inmigrantes, la entrada de los chicanos a la sociedad no fue voluntaria, sino forzosa. Los chicanos son un pueblo colonizado que fue conquistado militarmente: se los incorporó por la fuerza a los Estados Unidos, y soportan una cultura y lenguaje extranjeros que les fueron impuestos. Aunque los chicanos no están colonizados en el sentido clásico de la palabra, son una "colonia interna". El colonialismo interno difiere de la variedad clásica en que no implica la subordinación de una tierra distante, sino la adquisición de un territorio contiguo. Otra diferencia es que el colonialismo clásico permite más continuidad entre la sociedad de antes y después de la conquista. El liderazgo y las élites nativos caen bajo el control extranjero, pero en su mayor parte permanecen intactos, mientras las instituciones nativas se modifican o se conservan (Moore, 1970:466). Sin embargo, en el colonialismo interno las élites locales son depuestas del poder y las instituciones indígenas son completamente destruidas. Finalmente, la colonia "clásica" se reconoce de manera formal y legal, mientras la colonia "interna" tiene sólo una existencia informal.

No obstante, esta informalidad puede hacer la colonización interna más insidiosa y opresiva. Los efectos son más devastantes, precisamente porque no se reconoce la existencia y la legitimidad de las instituciones o la cultura nativas. Uno de los mecanismos más efectivos de la destrucción es el descuido benigno. Es así que la cultura, los valores y el lenguaje de los chicanos carecen de una posición formal o legítima dentro de la sociedad norteamericana. Por ejemplo, los chicanos son a menudo castigados en la escuela por hablar en su lengua nativa o expresar valores familiares o culturales que van en contra de los valores dominantes angloamericanos.

Sin embargo, los chicanos se han opuesto activamente a las condiciones opresivas e insidiosas del colonialismo interno y la familia ha sido una fuerza crítica en esta oposición. En un ambiente en el cual las instituciones chicanas han tenido que convertirse en subordinadas y dependientes, la familia ha sido la única institución que ha escapado a la intrusión colonial. A diferencia de la familia negra que fue controlada y manipulada por la esclavitud, la familia chicana ha estado relativamente libre de la manipulación directa y el control. El *macho*,* como cabeza titular de

la familia, es usualmente considerado como un combatiente activo contra la aculturación y la asimilación, pero la mujer resiste de igual manera a través de su propio papel tradicional. Como centro de la familia y pilar de la cultura y sus tradiciones, la chicana ha ayudado a contrarrestar la intrusión del colonialismo y perpetúa el lenguaje y los valores de los chicanos. Otro factor que ha ayudado a contrarrestar los lazos del colonialismo es la proximidad de México a los Estados Unidos. Los patrones chicanos de emigración no son arbitrarios o al azar. Las gentes tienden a emigrar a las áreas en las cuales prevén encontrar trabajo o en las cuales residen sus parientes, amigos o conocidos. Este continuo flujo de nuevas llegadas mantiene y refuerza lazos culturales que resisten el empuje hacia la integración y la norteamericanización. A diferencia de los inmigrantes europeos que se encontraron aislados de un hogar distante, los chicanos no están lejos de sus raíces nativas. Continúan por tanto las influencias de la cultura mexicana y el lenguaje español.

Para terminar, parece que la familia chicana ha sido considerada como un impedimento a los ideales democráticos y contraria "al estilo de vida norteamericano" porque ha resistido la aculturación y la asimilación. Los ataques a la familia realizados por los sociólogos y el público en general indican que no ha sido una "intrincada red patológica", como se nos ha querido hacer creer, sino que es una institución que ha trabajado demasiado bien.

Traducción de Bertha Brambila Lima

REFERENCIAS

- Acuña, Rodolfo 1972, *Occupied America: The Chicano's Struggle, Toward Liberation*, San Francisco Press.
- Almaguer, Tomás 1971, "Toward the study of Chicano colonialist", *Chicano Journal of the Social Sciences and the Arts*, 2 (primavera): 7-21.
- Alvirez, David y Frank D. Bean 1976, "The Mexican American family", pp. 271-292, en Charles H. Mindel y Robert W. Habenstein (eds.), *Ethnic Families in America*, Nueva York, Elsevier.
- Barrera, Mario, Carlos Muñoz, y Charles Ornelas 1972. "The barrio as an internal colony", pp. 465-498, en Harlan H. Hahn (ed.), *Urban Affairs Annual Review*, vol. 6, Beverly Hills, California: Sage Publications.

- Bermúdez, María Elvira 1955, *La vida familiar del mexicano*, México, D.F., Antigua Librería Robredo.
- Blauner, Robert 1969, "Internal colonialism and ghetto revolt", *Social Problems*, 16 (primavera): 393-408.
- 1972. "Colonized and immigrant minorities", pp. 51-81, en R. Blauner (ed.) *Racial Oppresion in America*, Nueva York: Harper and Row.
- Díaz-Guerrero, Rogelio 1975. *Psychology of the Mexican: Culture and Personality*, Austin: University of Texas Press.
- Gibson, Charles 1966, *Spain in America*, Nueva York: Harper and Row.
- Gilbert, G. M. 1959. "Sex differences in mental health in a Mexican village" *The International Journal of Social Psychiatry*, 3 (invierno): 208-213.
- Goodman, Mary Ellen, and Alma Beman 1971, "Child's eye views of life in an urban barrio", pp. 109-122 en Nathaniel N. Wagner y Marsha J. Haug (eds.), *Chicanos: Social and Psychological Perspectives*, Saint Louis: C. V. Mosby.
- Hawkes, Glenn R., y Taylor 1975, "Power structure in Mexican and Mexican American farm labor families", *Journal of Marriage and the Family*, 37 (noviembre) 807-811.
- Hayden, Robert G. 1966, "Spanish-Americans of the southwest: Life style patterns and their implications" *Welfare in Review*, 4 (abril): 14-25.
- Heller, Celia S. 1966, *Mexican American Youth: Forgotten Youth at the Crossroads*, Nueva York: Random House.
- Ho, Ping-ti 1965, "An historian's view of the Chinese family system", pp. 15-30 en Seymour M. Farber, Piero Mustacchi, y Roger H. L., Wilson (eds.), *The Family's Search for Survival*, Nueva York: McGraw-Hill.
- Huang, Lucy Jen 1976, "The Chinese American family", pp. 124-147 en Charles H. Mindel y Robert W. Habenstein (eds.), *Ethnic Families in America*, Nueva York: Elsevier.
- Humphrey, Norman Daymond 1944, "The changing structure of the Detroit Mexican family: An index of acculturation", *American Sociological Review*, 9 (diciembre) 622-626.
- Jones, Robert C. 1948, "Ethnic family patterns: The Mexican family in the United States", *American Journal of Sociology*, 53 (mayo) 450-452.
- Ladner, Joyce A. 1973, *The Death of White Sociology*, Nueva York: Random House.

- Lee, Shu-Ching 1953, "China's traditional family, its characteristics and desintegration", *American Sociological Review*, 18 (junio) 272-280.
- Leslie, Gerald R. 1973, *The Family in Social Context*, 2a. ed., Nueva York: Oxford University Press.
- Levy, Marion J., Jr. 1968, *The Family Revolution in Modern China*, Nueva York: Atheneum.
- Madsen, William 1973, *The Mexican-Americans of South Texas*, 2a. ed., Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.
- Mindel, Charles H., y Robert W. Habenstein 1976, *Ethnic Families in America*, Nueva York: Elsevier.
- Montiel, Miguel 1970, "The social science myth of the Mexican American family", *El Grito: A Journal of Contemporary Mexican American Thought*, 3 (verano): 56-63.
- Moore, Joan W. 1970, "Colonialism: The case of the Mexican Americans". *Social Problems*, 17 (primavera) 463-472.
- Murillo, Nathan 1971, "The Mexican American family", pp. 97-108, en Nathaniel N. Wagner y Marsha J. Haugh (eds.), *Chicanos Social and Psychological Perspectives*, Saint Louis: C. V. Mosby.
- Peñalosa, Fernando 1968, "Mexican Family Roles", *Journal of Marriage and the Family*, 30, (noviembre) 680-689.
- Ramos, Reyes 1973, "A case in point: An ethnomethodological study of a poor Mexican American Family", *Social Science Quarterly*, 53 (marzo): 905-919.
- Romano, Octavio Ignacio V. 1973, "The anthropology and sociology of the Mexican-American family. The distortion of Mexican-American history", pp. 43-56, en O. Romano (ed.), *Voices: Readings from El Grito, A Journal of Contemporary Mexican American Thought*, Berkeley, California: Quinto Sol Publications.
- Rubel, Arthur J. 1966, *Across the Tracks: Mexican Americans in a Texas City*, Austin: University of Texas Press.
- Rudoff, Alvin 1971. "The incarcerated Mexican-American delinquent", *Journal of Criminal Law, Criminology and Police Science*, 62 (junio): 224-238.
- Sahagún, Fray Bernardino de 1946, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Tomos I-III, México, D.F., Editorial Nueva España.
- Samora, Julián, y Richard A. Lamanna 1967, "Mexican-Americans in a Midwest Metropolis: A study of East Chicago". Advanced Report 8, Mexican-American Study Project. Los Ángeles: Division of Research, Graduate School of Business Administration, University of California.

Staples, Robert 1976. "The Black American family", pp. 221-247 en Charles H. Mindel y Robert W. Habenstein (eds.), *Ethnic Families in America*, Nueva York. Elsevier.

Talmon, Yonina 1961, "Aging in Israel, a planned society", *American Journal of Sociology*, 67 (noviembre): 284-295.